

## BIBLIOGRAFIA

no hacia Dios en otras tantas épocas distintas de la evolución histórica de la filosofía. En el primero de ellos («Dios como ordenador del mundo», pp. 25-57) se ofrece un breve repaso del pensamiento teológico de la antigüedad examinando el origen de la teología griega, la concepción de Dios de Platón, Aristóteles y Plotino, así como el panteísmo de los estoicos. En el segundo capítulo («Dios creador del mundo», pp. 59-103) el autor recoge la aportación del cristianismo al conocimiento natural y sobrenatural de Dios, analizando detenidamente la teología agustiniana y su concepción de Dios como la verdad. En la tercera parte («Dios, el ser mismo subsistente», pp. 105-186) se estudia la concepción tomista de Dios, recalcando su constitutivo formal —*ipsum esse subsistens*— y el sentido existencial de Dios así definido. La cuarta parte («Dios en la ontología», pp. 187-245) se dirige a examinar las características del Dios de los filósofos modernos, infiriendo de ellas el autor la índole «esencialista» de esta teología, propiedad en que se funda la posterior deriva hacia el agnosticismo y ateísmo. Finalmente, en el quinto capítulo («Dios en el humanismo», pp. 247-377) se estudia el ateísmo contemporáneo clasificándolo según su justificación: humanismo ateo, materialismo, nihilismo, cientifismo y desesperación. Por último se recoge una extensa bibliografía tanto de fuentes como de estudios especializados.

Aunque el planteamiento del libro sea de suyo histórico, y al margen de si es o no éste el mejor enfoque para el tema de Dios, en todo caso se echa de menos una

conclusión final que sirviera como de balance de esta aventura histórica por pensar a Dios; que justificara la pluralidad de concepciones recogidas; o, quizás, que diera a la luz a los supuestos ontológicos y gnoseológicos que dirigen al hombre hacia el tema de Dios. Hecha esta sugerencia, tal vez se pueda discutir con el autor su juicio acerca del pensamiento teológico de la modernidad, cuya necesidad no se termina de ver.

En todo caso, se trata de una obra que, sin ambición enciclopédica, examina con justicia —abundan las citas textuales y referencias— el tema de Dios en la tradición filosófica, y que por ello es de uso exigido para los estudiosos de la teología.

JUAN A. GARCÍA GONZÁLEZ

GARCÍA LÓPEZ, Jesús, *Tomás de Aquino, maestro del orden*, Madrid, 1985, 232 págs.

La Editorial Cincel ha lanzado recientemente al mercado una colección de libros de Historia de la Filosofía, de carácter divulgador. Los distintos volúmenes poseen características similares: 200 páginas aproximadamente (colección de bolsillo), gráficos históricos, comentario de texto, glosario, y un pequeño esquema o resumen al final de cada capítulo.

No es fácil, cañidos a tales exigencias, sintetizar de una manera clara, a la vez que profunda y rigurosa (sin que resulte de ello un mero libro de texto), el pensamiento de Santo Tomás. Porque, ante

todo, la primera cuestión que surge es qué perspectiva se puede adoptar para desarrollar la exposición de su Filosofía. Y es aquí, sin duda alguna, donde radica gran parte de la novedad del presente estudio. En efecto, diferentes aspectos se han destacado de la figura y obra de Santo Tomás: su apasionamiento por la verdad; el carácter sintético y equilibrado de sus doctrinas; su gran originalidad. «Pero entre todos estos aspectos, escribe García López, y otros varios que se podrían señalar, la personalidad científica de Santo Tomás destacada por el maravilloso orden que campea en todas sus producciones y en el conjunto de ellas» (p. 27). Con ello, el Aquinate ponía por obra lo que expresaba en el Prólogo de sus Comentarios a la *Ética a Nicomaco*: «Es propio del sabio el ordenar, y por ello la sabiduría es la perfección mayor de la razón, de la que es propio conocer el orden».

Ahora bien, sigue apuntando Santo Tomás en el mismo lugar, de cuatro maneras es objeto de la razón el orden: 1) un orden que la razón no construye, sino que *se limita a considerar*; 2) un orden que la razón introduce, al considerarlo, en sus propios *actos*; 3) un orden que la razón introduce, al considerarlo, en las operaciones de la *voluntad*; 4) un orden que la razón introduce, al considerarlo, en las *cosas exteriores*, de las que ella es causa. Cuatro tipos, pues, de órdenes diferentes, que fundan otras tantas partes de la Filosofía, y, con ello, los diferentes capítulos de este estudio, el orden natural, estudiado por la Filosofía natural (incluida la Metafísica); el orden lógico, del que se ocupa la Filosofía

racional o Lógica; la Ética, que trata del orden moral, y, finalmente, el conjunto entero de las artes mecánicas o serviles, que se ocupan del orden artificial.

Sin embargo, junto a estos diferentes órdenes que constituyen lo que se podría denominar, de una manera global, el «orden natural», existe otro orden: el *sobrenatural*, del que no podemos prescindir para una correcta interpretación de la naturaleza de la Filosofía tomista. La comparación de ambos órdenes se traduce, en primer lugar, en la consideración de las relaciones entre naturaleza y gracia, y, de forma particular, en la consideración de las relaciones entre razón y fe, sintetizada por Santo Tomás al escribir: «Como la gracia no anula la naturaleza, sino que la perfecciona, conviene que la razón natural esté al servicio de la fe, lo mismo que la natural inclinación de la voluntad sirve a la caridad» (I, 1, 8 ad 2); «La fe no está contra la razón, sino sobre la razón, y por tanto no se dice que niega a la razón como si destruyese a la verdadera razón, sino que la cautiva en obsequio de Cristo» (*In III Sent.*, dist. 23, q. 2, art. 4, ad 3).

Este es uno de los aspectos en los que cabe destacar, de una manera especial, la ponderación del pensamiento de Santo Tomás y su positiva valoración de ambos órdenes, frente a dos extremos viciosos: el naturalismo y el fideísmo. Se trata de otro de los motivos que han conducido a nuestro autor, como paso previo al estudio de los diferentes aspectos de la Filosofía tomista, a tratar el tema de la naturaleza y la gracia, la razón y la fe: «Queda claro que la fe y la ciencia se distinguen esencialmen-

## BIBLIOGRAFIA

te, y que aquéllas es superior a ésta, aunque nunca puede haber oposición entre ellas. Del mismo modo que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la supone, la perfecciona y se armoniza con ella, así también la fe no destruye la razón, sino que la supone y la eleva y guarda con ella una plena armonía» (p. 52).

Destaca, en la exposición de García López, la claridad, el rigor de los términos, una admirable articulación entre los distintos apartados de cada capítulo (que viene reflejada en los esquemas que acompañan a cada uno), y de los propios capítulos entre sí. De igual modo, se aprecia una perfecta continuidad entre las afirmaciones del autor y los numerosos textos que acompañan del propio Tomás de Aquino, lo que permite una lectura amena del libro. Por otro lado, el lector encontrará apuntadas, aunque de una manera breve y concisa (dado el carácter de la obra), numerosas ideas que sirven de pauta para una correcta interpretación del pensamiento del Aquinate. Así, por poner sólo unos ejemplos, podemos subrayar: las observaciones en torno a los conceptos de «naturaleza íntegra» y «naturaleza corrompida»; o la interesante exposición, llevada a cabo, de las cinco vías para demostrar la existencia de Dios, especialmente por lo que respecta a la tercera; o también, para citar un último ejemplo, las consideraciones en torno al tema de la analogía de la noción de acto.

En definitiva, se trata de un libro especialmente útil para quien desee tener una visión de conjunto de la Filosofía de Santo Tomás, no sólo para aquellos que se inicien en su estudio, sino para quienes

deseen profundizar en este aspecto del orden, del que fue Tomás de Aquino un eminente maestro.

JUAN JOSÉ SÁNCHEZ  
ALVAREZ-CASTELLANOS

GONZÁLEZ, Angel Luis, *Teología Natural*, Eunsa, Pamplona, 1985.

Este último libro de Angel Luis González, se inserta de lleno en la colección *Libros de Iniciación Filosófica* publicada por la editorial EUNSA. El carácter introductorio está plenamente conseguido por el autor, quien, por otra parte, ha sabido conjugar esta circunstancia —que también venía exigida por la ausencia en la bibliografía más reciente de un libro con tales características— con la necesaria e imprescindible amplitud temática: a lo largo de más de 300 páginas, y desde una perspectiva radicada en la metafísica del ser, son estudiados prácticamente todas las cuestiones y problemas a los que ha dado lugar el decurso histórico de la Teología Natural.

En la Introducción —«La Teología Natural y el problema de Dios»— se extiende al autor señalando la necesidad que el hombre encuentra en su iter filosófico de buscar y llegar al absoluto: «el planteamiento la solución de este problema es universal» (p. 18). Este conocimiento racional del absoluto supone el culmen de la Metafísica. Esta ciencia, a través de la consideración del ser que encontramos en los seres, dirige sus miras al Ser. Así pues, la Teología Natural o Teodicea, en cuanto que se